

¿Podrías enamorarte de alguien  
a quien nunca has conocido?

# TEXTROVERT

UNA NOVELA  
**wattpad**

Lindsey Summers

# Textrovert

Lindsey Summers

Traducción de María Enguix Tercero

**Rocaeditorial**

# TEXTROVERT

## Lindsey Summers

¿PODRÍAS ENAMORARTE DE ALGUIEN A QUIEN NUNCA HAS CONOCIDO?

El verano no podía terminar de peor manera para Keeley, cogiendo por accidente el móvil equivocado. La situación empeora cuando descubre que el móvil pertenece a Talon, un repulsivo y egocéntrico compañero del instituto que se ha llevado también su móvil. A regañadientes, ambos acuerdan que se intercambiarán mensajes durante una semana. Conforme Keeley va conociendo mejor a Talon, empieza a sentirse atraída por él. Descubre que en el fondo Talon es mucho más que el chico arrogante y engreído que todo el mundo cree que es.

Chatear con Talon también le permite a Keeley alejarse de la sombra de su popular hermano gemelo para descubrir que solo a través de sus mensajes con él puede ser la persona que siempre ha querido ser.

Las chispas saltan entre ellos cuando finalmente se encuentran para intercambiarse los móviles. Pero mientras Keeley ha sido muy sincera, Talon ha estado guardando un secreto durante todo este tiempo.

### ACERCA DE LA AUTORA

**Lindsey Summers** siempre ha preferido los libros a la ropa. *Textrovert*, su primera novela, ha tenido más de 83 millones de lectores; ahora los derechos se han vendido a más de 17 idiomas y promete ser una de los grandes *best sellers* de la literatura juvenil romántica para el 2017. Nacida en Hawái, Lindsey vive en Los Ángeles, California.

### ACERCA DE LA OBRA

Déjate seducir por el nuevo fenómeno Wattpad.

La novela que ha conquistado a más de 80 millones de lectores.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Créditos

A mis lectores de Wattpad, os quiero

## Capítulo 1

He perdido  
el teléfono

...

El destino tenía un retorcido sentido del humor. O eso, o la odiaba, porque no podía ser que la hubiera emparentado con un gemelo así.

—Venga, Keels —suplicó Zach. Quizá su mirada inocente y sincera le funcionase con la madre de ambos, pero a Keeley no se la colaba.

—No te voy a dar las llaves —respondió.

—Porfa.

—Ni lo sueñes.

—Tú has tenido el coche todo el día.

—Y tú has vuelto a casa hace una hora.

—¿Y? —dijo él con tono burlón, comportándose como si no tuviese casi diecisiete años.

—Pues que ya es de noche. Ese es el problema.

—Es verano. Y mira quién fue a hablar. Ayer estuviste durmiendo hasta mediodía.

Keeley tenía la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de ese detalle.

—Estaba cansada.

—Porque leer es agotador.

—No tienes ni idea.

Un maratón de lectura no era para corazones débiles. Requería dedicación y una vejiga grande para permanecer sentado en una silla durante horas y horas.

—Solo te moviste para pasar una página o picotear algo —se mofó Zach.

—Pero me muevo aquí arriba —respondió ella, dándose un golpecito en la sien.

—Keeley —dijo Zach con ese tono complaciente que la sacaba de quicio—, este es mi primer día libre desde hace tres semanas, y como capitán del equipo de fútbol de la escuela...

Keeley puso en blanco sus ojos castaños, del mismo color intenso que los de su hermano. Como tuviese que oírle una vez más la cantinela del «Yo soy el Capitán y por eso soy Dios», terminaría dándole un sopapo. Su hermano se pavoneaba por la casa como un gallo desde que el equipo lo había elegido capitán dos semanas antes. A nadie le sorprendió el resultado: Zach era un líder natural. Keeley solo deseaba que se le pasaran las ganas de dirigir el cotarro. Resultaba cansino.

—Mamá y papá nos han dado el coche a los dos, así que tengo el mismo derecho que tú a usarlo —concluyó él.

—Y lo usas el noventa por ciento de las veces.

—Porque yo soy el que lo necesita de verdad.

La insinuación la hirió, pero hizo como si nada. El quebradero de cabeza no merecía la pena.

—Yo lo necesito ahora, la feria cierra dentro de treinta minutos —dijo Keeley.

—Pues dile a Nicky que te lleve a casa. Seguro que anda cerca.

Nicky andaba cerca, claro. Eran las mejores amigas desde el jardín de infancia. La mayoría de la gente pensaba que Nicky era su gemela, no Zach. Sin embargo, no cederle el coche era una cuestión de principios. Keeley había conseguido las llaves primero, y por mucho que otra persona pudiera llevarla, el coche lo tenía ella.

En ese momento Nicky volvía de averiguar si había mucha cola en la noria.

—No hay mucha —dijo—, pero cierran dentro de veinte minutos, así que deberíamos ir yendo.

Las chicas nunca se perdían la feria, era la gran despedida del verano. Zach solía acompañarlas todos los años, pero dejó de hacerlo en cuanto empezaron la secundaria; decía que era cosa de críos.

—¿Lo ves? Ahora dame las llaves —dijo Zach, moviendo los dedos en la cara de Keeley—. Tengo cosas que hacer.

Keeley los apartó de un manotazo.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿Qué más da?

Entonces lo comprendió.

—Vas a casa de Cort. —Era el mejor amigo de Zach. Organizaba fiestas legendarias cuando sus padres se ausentaban de la ciudad—. Creí que estaba fuera este fin de semana.

—Pues ha preferido quedarse en casa. —Rascándose la nuca, Zach dejó escapar un largo suspiro—. Mira, si me das las llaves, te dejo copiar los deberes.

Era una oferta tentadora, porque Keeley no había abierto un solo libro de texto en todo el verano. Matricularse en asignaturas avanzadas le había parecido buena idea en primavera, porque Zach y Nicky asistían a las mismas clases, pero el verano tocaba a su fin y le quedaba por hacer un año entero de tareas de nivel universitario... En fin, el arrepentimiento ganaba terreno poco a poco.

—Y te hago una semana de tareas en casa —añadió.

—Un mes —repuso su hermana.

—Dos semanas.

—Tres.

—Dos y media. —Cuando ella empezó a protestar, él le tiró de la coleta, como cuando eran pequeños—. Porfa, hazlo por mí.

Keeley sintió que se ablandaba. Maldita sea, Zach no jugaba limpio.

—Solo si me prometes que me llamarás si necesitas que vaya a por ti y te traiga a casa.

Zach no bebía mucho, pero cuando lo hacía, no tenía freno. A Keeley siempre la preocupaba que cometiera alguna estupidez, como conducir borracho. Era un pelma, pero

era su hermano. No le deseaba nada malo. Si no lo vigilaba ella, ¿quién iba a hacerlo?

—¿Y me cubres con papá y mamá? —preguntó Zach.

Ella le lanzó las llaves.

—¿No lo hago siempre?

—Eres la mejor —le dijo por encima del hombro mientras se marchaba al trote.

—Creo que ya sé por qué tiene tanta prisa —comentó Nicky, apuntando hacia una pelirroja despampanante de tez clara y un escote con el que Keeley solo podía soñar. Zach se inclinó para susurrar algo al oído de la chica, luego le rodeó la cintura con un brazo y la condujo hacia la salida.

—En el coche no, ni loco. —Keeley rebuscó en su bolso, dispuesta a llamarlo por teléfono y leerle la cartilla. La última vez que Zach había subido a una chica al coche, Keeley encontró un sujetador en el asiento trasero—. Umm, Nicky... No tendrás tú mi móvil por casualidad, ¿verdad?

—Otra vez no —gruñó Nicky—. Es el tercero que pierdes en seis meses.

—No hace falta que me lo recuerdes. Yo estaba allí —dijo Keeley. El sermón de sus padres sobre la responsabilidad se le había grabado a fuego—. ¿Lo tienes?

—No me lo has dado.

Maldiciendo, Keeley cayó de rodillas al suelo y vació el bolso. Tenía que encontrar el teléfono. Sus padres se negarían a comprarle otro y no iba a empezar el último curso de instituto sin móvil, de eso ni hablar.

Nicky se agachó a su lado.

—Lo tenías cuando nos estábamos atiborrando de pasteles. Lo recuerdo porque Zach estaba mandándote mensajes.

—Es verdad. —Keeley dio el último mordisco al pastel, finiquitó el batido de vainilla, agarró el bolso y luego...—. ¡Mierda! Creo que me lo he dejado sobre la mesa.

Sus padres iban a matarla. El teléfono estaba nuevecito; ni siquiera había comprado la funda ni descargado aún ninguna aplicación.

Nicky la ayudó a recoger sus cosas.

—Solo ha pasado media hora. Puede que siga allí.

Mordiéndose el labio, Keeley miró hacia la noria. Era imposible atravesar a toda prisa el parque de atracciones hasta la zona de restaurantes y volver antes de que cerraran. Pero también era impensable no subir a la noria. Era la tradición. Levantándose de un brinco, Keeley se colgó el bolso al hombro y salió corriendo.

—Ponte a la cola —dijo gritando, haciendo caso omiso del confuso gañido de Nicky—. ¡Nos vemos allí!

Abriéndose paso entre la multitud, avanzó tan rápido como pudo, pero había demasiada gente. Al ver una vía despejada que rodeaba el perímetro del parque, se precipitó hacia el borde externo y recorrió a toda velocidad el resto del camino hasta la zona de restaurantes. Sin aliento, Keeley localizó la mesa y aminoró la marcha, ambas piernas temblando.

—Quince minutos. Quince minutos para el cierre de la feria —anunció una voz por los altavoces.

—Por favor, por favor, por favor —canturreó. Pero cuando llegó a la mesa, estaba vacía. Frustrada, Keeley dio un puntapié a una silla y la volcó. La gente empezó a mirarla, algunas personas incluso sacaron sus teléfonos móviles para grabarla. Roja de vergüenza, Keeley se agachó para recoger la silla. Entonces vio un teléfono negro debajo de la mesa, oculto por unos hierbajos. «¡Sí!» La suerte le sonreía de oreja a oreja.

Cuando llegó a la noria, Nicky estaba casi al principio de la cola.

—¿Lo has encontrado? —preguntó mientras Keeley se abría paso a empujones.

Sonriente, Keeley levantó el pulgar. Nicky meneó la cabeza como si no pudiera creer en la suerte de su amiga. Y, sinceramente, Keeley tampoco. Menos mal que había encontrado el teléfono, porque, para colmo, aún no había introducido una clave de seguridad; y eso que Zach se lo había dicho desde el principio, pero ella ni caso. Lo mejor que podía hacer era no decir nada del incidente. No quería oír el típico «te lo dije». Odiaba esa frase. Sin embargo, ya

se estaba haciendo a la idea, porque sabía que la oiría cuando Zach le pasara los deberes. «Pero ¿y si...?» Keeley miró a Nicky con detenimiento.

—Entonces... ¿cómo van los deberes? ¿Ya has terminado?

Una sonrisa cómplice.

—Pensaba que los copiabas de Zach.

—No puedo copiar palabra por palabra. Los profes se darán cuenta.

—¿Cuánto te queda? —preguntó Nicky.

Keeley contestó con expresión avergonzada:

—Todo. —Se había pasado el verano entero intentando empezarlos.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—La procrastinación me estimula —insistió Keeley.

—Y te pone de los nervios. Si empiezas esta noche, te dará tiempo a terminar. Nos quedan casi dos semanas.

Nicky nunca dejaba nada para el último minuto. Iba casi tan preparada como Zach. La cola de la noria avanzó, y pronto fueron conducidas a la zona de carga. Una a una, las cabinas fueron parando a ras de suelo, y los pasajeros fueron subiendo y bajando. Cuando les llegó el turno, Keeley entró con cuidado en la bamboleante cabina y se sentó junto a Nicky. La noria las sacudió hacia delante cuando comenzó a girar.

—¿Y si vienes conmigo a la biblioteca mañana? —preguntó Keeley, pensando en convencer a Nicky para que le dejase echar una ojeada a algunos gráficos y estadísticas.

—Tengo escuela de verano, ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba. Todo formaba parte de un plan de vida de diez años que Nicky había trazado una noche que se quedó a dormir en su casa. Keeley creyó que era un chiste hasta que Nicky se apuntó realmente a los cursos del colegio comunitario. Vale, Nicky no podría ayudarla con sus deberes, pero lo que sí podían hacer era salir juntas. La vida social de Keeley había sido prácticamente inexistente en verano.

—Bueno, ¿y si salimos a cenar después? Hay un pequeño café en el muelle que me muero por probar —sugirió Keeley.

Nicky la miró como pidiendo disculpas.

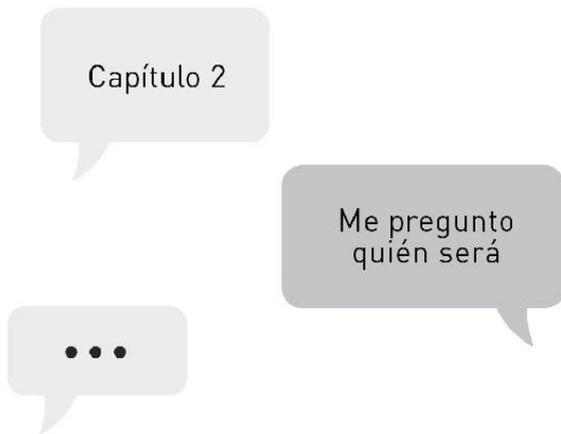
—Es que después he quedado con mi grupo de estudio. Vamos a pillar algo de comida en el campus y a preparar los exámenes finales. ¿Por qué no le preguntas a Zach? Si hay comida, seguro que se apunta.

—Se va de cena con el equipo.

Era deprimente saber que ambos tenían planes mientras a ella la dejaban con un palmo de narices. Le parecía que le hacían el vacío, y lo peor de todo es que ni se daban cuenta.

—Ya saldremos después de los exámenes —prometió Nicky.

La vuelta en la noria terminó y un sentimiento agridulce invadió a Keeley. El verano tocaba a su fin y próximamente cursaría el último año de instituto. Era emocionante, pero también aterrador. Su futuro era un gran signo de interrogación y desconocía la respuesta.



Esa misma noche Keeley siguió el consejo de Nicky y decidió abrir los libros de una vez. Tenía la esperanza de sentirse menos ociosa y fracasada si terminaba un ejercicio. Sin embargo, no habían transcurrido ni quince minutos cuando empezó a aburrirse. Prometiéndose que retomaría los deberes al día siguiente, apartó los libros a un lado de la cama y abrió su ordenador portátil: nada como mirar sus series favoritas para matar el aburrimiento. Más o menos hacia la mitad, sus párpados empezaron a cerrarse.

Llevaba dormida un tiempo indeterminado cuando el timbre del teléfono la despertó. Zach. La fiesta. La pelirroja. Medio grogui, respondió:

—Espero que el sexo haya valido la pena para despertarme.

Hubo una pausa breve.

—Vaya, esto sí que me parece interesante, cuenta, cuenta.

Keeley pestañeó y se tensó como un arco. Bizqueando ante la cruda luz de la pantalla, vio: «Número desconocido». Alarmada, preguntó:

—¿Quién eres? ¿Dónde está mi hermano? —*Tucker*, el perro de Keeley, que estaba tumbado a los pies de la cama, levantó la cabeza.

—No tengo ni idea y, sinceramente, no me importa.

—¿Y entonces por qué me llamas? ¿Y de dónde has sacado este número?

—Lo he marcado —dijo con un tono que destilaba obvedad.

Keeley estaba demasiado cansada para esa clase de tonterías. Lo mejor sería colgar.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? ¿O te he perdido? —La voz hizo una pausa—. Mira, no sé en qué estás metida y no voy a preguntártelo, porque me rijo por una estricta norma de negación plausible, pero tienes mi teléfono y lo quiero de vuelta.

¿El tipo iba en serio? Keeley se retorció para mirar el reloj de la mesilla de noche.

—Primero, es la una de la mañana y no estoy metida en nada que no sea intentar dormir, cosa que, para que te enteres, has interrumpido de la forma más desagradable. Y segundo, no tengo tu teléfono.

—Y tanto que lo tienes —insistió el chico.

—No.

—El teléfono que tienes en la mano es mío. No tuyo. Mío —dijo articulando cada palabra.

Todo eso tenía que ser una broma.

—¿Te ha enredado mi hermano en esta historia? ¿Qué quiere, vengarse de mí? —Keeley cruzó las piernas y se inclinó hacia delante apoyando los codos en los muslos. Las puntas del flequillo, demasiado cortas para caber en la coleta, le cayeron a los lados de la cara—. Alucinante. No sé qué le pasa por la cabeza. —Le había ofrecido un buen trato a cambio de las llaves.

—¿Te importaría mirar en mi móvil y punto? —preguntó él con voz hastiada.

Keeley no sintió ni una pizca de compasión por ese chico, que estaba siendo muy grosero.

—Te veo arrastrándote cuando te demuestre... —Se tragó el final de la frase cuando la foto de un coche de carreras rojo rebrilló en la pantalla.

—¿Decías algo de arrastrarse...?

Keeley se negó a dejar traslucir su vergüenza.